

Laura Demitroff

La tempestad

El viejo se despertó, largando saliva amarga y espesa, esforzándose en bajar los pies de las almohadas donde descansaban, para evitar calambres y otros achaques. Al lado, su mujer roncaba tragando tiempo extra y escupiendo un silbido agudo que movía su cuerpo débil. Las pastillas de la presión la mandaban a un sueño profundo espeluznante. Se veía un conjunto de piel y huesos que vibraban a la par de los segundos que consumía. Los mismos que iban devorándoles la vida miserable que estaban terminando. Algo de eso pensó él, cuándo juntó el gusto agrio de su boca y los ruidos gastados de su mujer y los vio compartiendo esa misma cama, oxidada y pobre como ellos.

En la mesa de noche, la foto amarilla de la luna de miel, sesenta años antes. Ella, mujer tan deseable... y él, un guapo orgulloso que desparramaba su fuerza, sosteniendo a la mujercita con un brazo y el mar de la Perla de fondo. ¿Se los veía tan conformes en esos años cuando no imaginaban esta escasez!

Él la mira antes de zamarrearla para volverla al día. Va notando sus cambios, es más fácil que ver los propios. Su cara rosada que maquillaba de gata cuando quería lucir impactante. En los veranos el sol la volvía más oscura y le despertaba, un cosquilleo de excitación imparable. Hoy su piel es tan transparente, que se desnudan las venas; el color tan gris como el cielo de este frío invierno. ¿Será que comparten ella y la helada los mismos matices? ¿O que sigue reinando en el universo y por su decadencia hace tanto que yo no veo el sol?

El viejo se asomó por la ventana. El cielo seguía de gris plomo, a punto de saltar sus mil demonios, descargando maldiciones sobre los decadentes mortales que abajo empalidecían. Eso también pensó el hombre, mientras tanteaba, sin agacharse, los zapatos gastados de cuero marrón que lo soportaban ya sin forma.

La mujer le acercó un vaso de mate cocido, al tiempo que ajustaba su dentadura postiza con un

pegamento. Era un lujo que le costaba darse, pero más iban a gastar en otra porcelana si ésta se le escapaba mientras hablaba. Así que no protestes, le decía siempre que tocaba pagar un nuevo adhesivo.

Salieron al rato, era día de cobro y al menos por unas horas sentían la importancia de manejar dinero, de planear en qué gastarlo, sintiendo la adrenalina del poder, como en las películas de sábado a la tarde que los entretenían en la siesta. Esperaban el pago ese mes. La heladera desenchufada desde hacía varios días, los estantes vacíos de comida y el estómago pidiendo tregua a tanto té con galletas. Los consumía la ansiedad de correr al mercado para llenarse... la realidad de los viejos era más hambre que vejez y miseria.

La tormenta que amenazaba rompió cómplice desarando la catástrofe. Al mismo tiempo, los zapatos gastados, rebeldes de uso, se quebraron en la caminata lenta y cansadora. Como una escena del infierno, el viento arrasó la vida. Volaron techos, se llenaron las calles de basura, los autos languidecieron de espaldas, y en pocos minutos la existencia reflejó su más funesto patetismo. La tormenta se llevó todo sin disculpas. Quedaron hundidos los viejos, en ese océano de muerte.

Sus cuerpos volaron livianos, vacíos, como parte del castigo en ese mundo que les tocó pisar. La vida paró, abriendo paso a la furia; la naturaleza expulsó a su agresor. Se veían ruinas, algún objeto flotando en el agua victoriosa, la devastación absoluta al romper el cielo colmado de maldiciones, injusticias y demonios.

Al mediodía todo era puro. Se oía una canción de cuna meciendo los cuerpos en paz. Entre el arrullo del agua, con la calma que sigue a cada tempestad, se vio bailando un zapato de cuero marrón, gastado y quebrado como el mundo que acababa.